HOY, VIERNES 9

| Víctor Orcástegui

La tarea del próximo gobierno

¿Tendrá España al fin, después del 29 de noviembre, un gobierno estable, eficaz y con capacidad para encauzar los problemas y desafíos de la sociedad española? Esa es la incógnita que debe resolverse en las próximas elecciones generales. Y no sé si hay muchas razones para el optimismo. Desde luego, el primer requisito es que el voto de la ciudadanía suponga la salida de Pedro Sánchez de la Moncloa. Eso es condición necesaria, pero no suficiente.

Hace ya diez años que España no cuenta con un gobierno respaldado por una sólida mayoría parlamentaria. Desde que las elecciones del 20 de diciembre de 2015 terminaron con aquel imperfecto bipartidismo de otros tiempos y dejaron un Congreso fragmentado, en el que tanto el PP como el PSOE estaban muy lejos de tener la mayoría de la Cámara, nuestro país vive en una permanente crisis política. La falta de mayorías claras ha permitido que partidos con discursos populistas y radicales tuvieran una influencia decisiva en la gobernación. Incluso ha dado un poder determinante sobre la política nacional a fuerzas que hace pocos años intentaron por las bravas vulnerar la Constitución. Y esa deriva ha contribuido a una erosión sin precedentes de las instituciones democráticas.

La primera misión del próximo gobierno debería ser la de rehabilitar el edificio de la democracia española, devolviendo a esas instituciones su prestigio y restableciendo su correcto funcionamiento. Una tarea que no podrá realizarse desde una perspectiva partidista o revanchista, y que requerirá acuerdos que crucen la línea divisoria entre los bloques de la polarización.

Las encuestas predicen que tampoco en esta ocasión habrá ningún partido que se acerque a la mayoría absoluta, pero que el PP y Vox sí la alcanzarían holgadamente uniendo sus escaños. Aunque también podrían sumar, por el centro, el PP y el PSOE, una posibilidad que con la inquina acumulada parece de todo punto imposible. El peligro es que una coalición PP-Vox sustituya la influencia de un extremismo por la de otro de signo contrario, dando otra vuelta de tuerca a la confrontación política y social. Si Feijóo llega a la Moncloa, necesitará hacer gala de una habilidad política que me temo que hasta ahora no ha demostrado. Eso, si es que el panorama de la opinión pública que revelan ahora mismo los sondeos se mantiene. Porque la campaña electoral será intensa y Sánchez ha encontrado en la vivienda un hilo conductor con el que llevar el debate político a su terreno. Como alguien ha recordado, no se puede vender la piel del oso antes de cazarlo.

«El peligro es que una coalición PP-Vox sustituya la influencia de un extremismo por la de otro de signo contrario, dando otra vuelta de tuerca a la confrontación política y social»

| José Badal Nicolás

Vamos mal

¿Vivimos mejor o peor que antes? Esta pregunta, aparentemente simple, nos la hacemos muchos sufridos conciudadanos que moramos en esta raída piel de toro. «Cualquiera tiempo pasado fue mejor» escribió Jorge Manrique en su imperecedera elegía, añorando vivencias pasadas, etapas de juventud, que ya fatalmente nunca volverían. El poeta mostraba su nostalgia por el inexorable discurrir del tiempo y la futilidad de la vida. Cuanto más baldío resulta nuestro empeño por revertir los acontecimientos, más nos embarga el desaliento; pero, aun así, nos reconforta pensar que vivimos en un presente mejor que en tiempos pretéritos, más conforme a lo bueno o lo conveniente, y creer en un futuro más justo y gratificante.

Pese a todos los problemas de muy variada índole que en número nada desdeñable nos aquejan, el momento que nos ha tocado vivir es a todas luces mejor que el de nuestros padres y abuelos. Nuestra calidad de vida, más allá de avatares, alegrías y sinsabores, es manifiestamente superior a la que disfrutaron generaciones anteriores, gracias sobre todo al progreso del conocimiento científico y a los nuevos logros sociales, y no sé si decir también a una mayor conciencia social, que por encima de egoísmos nos impele a conseguir gradualmente una realidad más justa asentada en una superior moralidad.

Pero vuelvo al principio: ¿vivimos hoy en día peor o mejor que antes, especialmente la gente joven? Es obvio que la respuesta depende del punto de vista adoptado. Si contemplamos las dificultades con las que los jóvenes se topan para emanciparse y emprender un proyecto de vida propio, puede que nos asalten razones suficientes para aseverar que las perspectivas no son halagüeñas en la coyuntura que atravesamos, lo que a su vez es motivo de pesimismo y desánimo.

Según el Instituto de Estudios Económicos, el esfuerzo fiscal en España, la carga que soportan los contribuyentes en relación con su renta, supera en un 14,1 %-17,8 % la media de la Unión Europea.

Asimismo, nuestro país lidera en la UE el incremento de la presión fiscal, porcentaje de los impuestos sobre el PIB, situado entre el 37 % y el 38 % durante la última década, si bien es cierto que este indicador se mantiene algo por debajo de la media europea.

Son datos oficiales respaldados por el Informe Anual sobre Fiscalidad de la Comisión Europea. En otras palabras: nuestro poder adquisitivo merma alarmantemente y por ende nuestra capacidad para comprar bienes y sufragar servicios.

En general, los salarios son muy bajos en nuestro país. El salario medio en 2026 se sitúa en torno a los 29.540 € brutos anuales, lo que equivale a unos 1.850 € netos al mes (dato prorrateado en 12 pagas); pero el 63 % de los asalariados (mediana) no llega a la media y la mitad de los trabajadores gana menos de 2.001 € brutos al mes. El sueldo más frecuente (moda) ronda los 16.520 € brutos al año. Entre 1994 y 2024 el salario real en España, ajustado por la inflación, apenas ha aumentado un 2,7 % y, sin embargo, la cesta de la compra lo ha hecho un 63 % y el ocio un 52 %.

«El precio de la vivienda en España ha experimentado una subida del 12,1 % en el segundo trimestre del año, que triplica el dato registrado de media en los países del euro, el 4 %»

Cifras calamitosas que reflejan la agobiante realidad: sueldos que apenas si alcanzan para pagar los precios y llevar una vida digna en muchos casos. Para agravar el problema, la inflación se ha disparado hasta el 4,9 % por el encarecimiento de las gasolinas y el gas, y el euríbor hasta el 3,3 %.

Estos indicadores tienen efectos perniciosos y anticipan un impacto adverso prolongado sobre el transporte y las hipotecas a tipo variable durante los meses venideros. Y no acaban aquí las malas noticias que contribuyen a la carestía de la vida. El precio de la vivienda en España ha experimentado una subida del 12,1 % en el segundo trimestre del año, que triplica el dato registrado de media en los países del euro, donde el incremento fue del 4 %, según el informe de Eurostat sobre la evolución del mercado inmobiliario. Son datos contrastados que muestran con claridad el panorama socioeconómico actual: un escenario poco ilusionante para quienes buscan emprender nuevos proyectos personales o profesionales.

La sonrojante desproporción entre salarios bajos y precios al alza incide irremediablemente en el elevado coste de la vida (servicios, ocio, etc.) y entorpece o impide el acceso a una vivienda. Esto, por encima de los datos macroeconómicos, que a menudo maquillan quienes ejercen la gobernanza de nuestro país durante los últimos años («la economía va como un cohete», ¿recuerdan?), perjudica gravemente la economía de los hogares españoles y lastra cualquier proyecto vital.

Tras ocho años de gobierno 'progresista', España, la pregonada cuarta economía de la UE, vive escorada peligrosamente hacia una situación insostenible y tiene por delante importantes desafíos institucionales y económicos que representan una amenaza real para la estabilidad del país. Vamos mal, muy mal.

José Badal Nicolás
es catedrático emérito
de la Universidad de Zaragoza

LA TIRA DE SUPERMAÑO

| Alberto Calvo

